

La paradoja brasileña.

El enigma de un país que mejora mientras la ultraderecha avanza.

1. El enigma.

Brasil es hoy un laboratorio político. Un país que reduce la pobreza, genera empleo y recupera protagonismo internacional, pero que, al mismo tiempo, se debate entre la continuidad de Lula da Silva y el regreso de la ultraderecha. La paradoja es tan evidente que desconcierta. ¿Cómo es posible que un gobierno que mejora la vida de la gente no tenga asegurada la reelección? ¿Por qué una figura histórica como Lula, que sacó a millones de la miseria, se enfrenta a un heredero político sin credenciales propias? La respuesta no está solo en la economía, está en la política, en la cultura y en la incapacidad de la izquierda para conectar con un descontento que no se mide en cifras macroeconómicas.

2. El legado de Lula. Luces y sombras.

Los datos del tercer mandato de Lula son indiscutibles. Entre 2023 y 2026, el desempleo cayó del 9,3% al 5,4%, el más bajo de la serie histórica. La pobreza se redujo del 31,6% al 23,1%, y la pobreza extrema cayó más de un 40%. El salario mínimo aumentó un 12,7% en términos reales. Brasil salió del Mapa del Hambre de la FAO y, sin embargo, el gobierno de Lula tiene la reelección muy complicada.

La contradicción se explica, en parte, porque los logros no se traducen en bienestar cotidiano. El consumo de los hogares, que creció con fuerza en 2023 y 2024, se desaceleró bruscamente en 2025. El aumento de los tipos de interés encareció el crédito y disparó la carga de la deuda para las familias de menores ingresos. La mejora del empleo no compensó la pérdida de poder adquisitivo frente a la inflación. Y la epidemia de apuestas online, que Lula intentó frenar con una medida provisional, es solo la punta del iceberg de un malestar más profundo.

3. El bolsonarismo como movimiento de masas.

El error de muchos analistas es creer que el bolsonarismo es un fenómeno personalista, atado a la figura de Jair Bolsonaro, pero no lo es. El bolsonarismo se ha consolidado como un movimiento de masas que ya no depende de su fundador para sobrevivir. Es el punto de convergencia de tendencias dispersas, como el deseo de militarización del conflicto social, el conservadurismo moral, el emprendimiento neoliberal, el anticomunismo y una preocupación selectiva por la corrupción.

Flávio Bolsonaro, el heredero político, no es un líder carismático, pero no lo necesita. Representa una marca, una identidad, un proyecto. Su promesa de liberar a su padre, que cumple arresto domiciliario por intentar un golpe de Estado, es el símbolo de la venganza contra el sistema que encarceló a su líder. Y ese símbolo moviliza a un electorado que ya no vota por propuestas, sino por pertenencia.

4. La fractura del voto popular.

El dato más revelador de estas elecciones es que la izquierda ha perdido el monopolio del voto pobre. La clase trabajadora brasileña ya no vota automáticamente a Lula.

Una parte significativa se ha pasado a la ultraderecha. No por convicción ideológica, sino por desesperación. La promesa de orden, de seguridad y de mano dura, resuena en barrios donde la violencia y la precariedad son la norma.

Las iglesias pentecostales y neopentecostales han jugado un papel clave en esta transición. Han penetrado en el bastión social del PT, en el que se encuentran las clases medias y bajas, ofreciendo una narrativa de prosperidad individual y disciplina moral que compite con la solidaridad colectiva de la izquierda.

El resultado es una fractura del voto popular que la izquierda no ha sabido recomponer.

5. La sombra de Trump.

La geopolítica también juega su partido. La influencia de Estados Unidos y, en particular, de Donald Trump, es un factor fundamental. Trump ha declarado su apoyo a Flávio y su sombra se extiende sobre una región donde una nueva oleada de gobiernos ultraderechistas ha ido sustituyendo a la marea progresista de principios de siglo. Brasil es el último gran reducto de la izquierda en América Latina, junto con México, y su caída tendría consecuencias continentales y globales, dado que Brasil forma parte de los BRICS.

La alianza que Trump bautizó como el "Escudo de las Américas" busca inscribir a Brasil en una órbita conservadora. No se trata solo de ideología, sino de intereses económicos y geopolíticos. La presión sobre Lula con aranceles al 25% en determinados productos es una muestra de esa estrategia de desgaste.

6. El desencanto como combustible.

El verdadero combustible del bolsonarismo no es la adhesión a un proyecto, sino el rechazo al adversario. Casi la mitad del electorado declara que no votaría nunca por Lula y casi la otra mitad dice lo mismo de Bolsonaro. Es el voto del odio, de la negación y de la antipatía, y no es solo un fenómeno brasileño.

La política brasileña se ha convertido en una guerra de trincheras donde nadie gana, pero todos creen que la derrota del otro es una victoria.

Ese desencanto es el caldo de cultivo perfecto para la ultraderecha. No necesita convencer, le basta con canalizar la frustración. Y la frustración es abundante en un país donde el crecimiento económico no se traduce en movilidad social, donde el subempleo y la deuda asfixian a millones de familias y donde la desigualdad sigue siendo una de las más altas del mundo.

7. La encrucijada.

Brasil se enfrenta a una encrucijada que no es solo suya. Es la encrucijada de todas las democracias que han visto cómo el crecimiento económico no basta para frenar el avance de la ultraderecha. La lección brasileña es que la política no se gana solo con datos, se gana con relatos, con identidades y con emociones. Y la izquierda, en Brasil y en el mundo, ha perdido esa batalla.

La cuestión no es quién ganará las elecciones, sino qué hará la izquierda para reconstruir un proyecto que conecte con el descontento de quienes se sienten abandonados. Porque no basta con reducir la pobreza, hay que transformar las estructuras que la producen. No basta con generar empleo, hay que garantizar que permita vivir con dignidad. No basta con gobernar para el pueblo, hay que gobernar con el pueblo.

La paradoja brasileña no se resuelve con un simple cambio de gobierno. Es el síntoma de una crisis más profunda, la de una democracia que no sabe cómo responder al descontento que ella misma genera. Y, por ello, el bolsonarismo no es una anomalía, es la respuesta perversa a un sistema que ha fallado a millones de personas.

Mientras la izquierda continúe creyendo que es suficiente con gestionar el sistema, la ultraderecha seguirá ofreciendo la ilusión de una ruptura. Y esa es una lección que traspasa las fronteras de Brasil y llega a todos los países, incluyendo España y sus próximas elecciones.